

Tu recuerdo

Claudia Carres

Tu Recuerdo



C. M. CARRES

Capítulo 1

TU RECUERDO

Capítulo 1

Ya llevaba varios días de clase cuando te conocí.

Las chicas decían que eras de los más guapos del colegio. Cotilleaban y actuaban como adolescentes cuando hablaban de ti. No les prestaba mucha atención, me reía porque me parecía divertido. Ya sabes, el chisme.

Creía que exageraban, pero no. Yo era la equivocada.

Pasaste junto a mí, tu mochila colgada en un hombro y tu laptop en el otro brazo, dejando una estela de aroma a limpio y fresco a tu paso.

Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no seguirte con la mirada. Mis amigas te escaneaban sin tapujos y sin vergüenza. Pero, yo no era como ellas.

Giré mi rostro, orgullosa e indiferente, como experta en las artes del póker. Sin percatarme que por dentro mi corazón latía desenfrenadamente.

Poco duró mi proeza, pues escuché una risa al final del pasillo. No sabía que eras tú hasta que alcé la mirada y pude contemplar tu sonrisa, anonadada.

Tu amigo te había aventado una pelota, en su intento de hacerte una broma. Como pudiste lo interceptaste, pero el balón corrió hasta encontrarme.

Fue ahí cuando me viste. Cuando te vi. Y nos vimos.

Nuestras miradas se cruzaron en un instante, en medio de todo el ajetreo estudiantil. Me quedé sin palabras al percatarme de tu mirada, hasta podría jurar que todo se detuvo en ese milisegundo y hasta un silencio magistral se postró en el lugar.

Apenado te acercaste y murmuraste un "lo siento". Revolviste tu cabello en un tierno gesto que luego aprendí lo hacías por nerviosismo, y me sonreíste con el afán de romper con nuestra ligera incomodidad.

Sin embargo, no era incomodidad lo que sentía, debo confesarte que, por primera vez en la vida, las palabras se esfumaron y no pude concentrarme

en articular una respuesta inteligente.

Así que te sonreí de vuelta, o creo que manifesté una extraña mueca.

Nunca te pregunté.

Ya no lo podré saber.

Capítulo 2

Pasó ese semestre, y otro, y otro más.

Las actividades y los deberes nos mantenían separados, no es que debiéramos estar juntos, pues tú eras de un grado más avanzado.

Te veía en los pasillos, en la cafetería y en la biblioteca, deambulando como el estudiante comprometido que eras. Te miraba de reojo procurando no ser tan descarada como las demás, aunque por dentro, en mi imaginación, no había lugar para las reservas.

Aun así, me encantaba fantasear con que nuestras vidas se cruzaban, que por azares del destino se unían nuestros caminos.

Por supuesto mi volátil imaginación muy corta se quedó. Pues el destino había trazado un final totalmente inesperado.

Sin embargo, la realidad en ese momento era que tú estabas en tu mejor tiempo, siendo el capitán del equipo de fútbol, y saliendo con la chica que llegó de otra región.

No importaba tener que mirarte de lejos, ni tener que buscarte a contratiempo, pues me encantaba contemplar tu sonrisa y tu andar, tan alegre y despreocupado, tan galante y reservado.

Fue en aquella época que un chico llamó a mi puerta y endulzando mi corazón amargo, llegamos a ser enamorados.

Pero debo confesarte, que no importaba quien llamara, en el interior de mi corazón todavía brillaba tu parte.

El tiempo pasó y el sexto semestre llegó, era momento de escoger la especialidad a aprender.

Me asombró saber de la posibilidad de compartir asignaturas con alumnos

de otras áreas.

¿Será que tengamos esperanza?, no me pude evitar preguntar, pues sin importar el tiempo y el espacio, añorarte se había convertido en mi hobbie favorito.

Capítulo 3

Me sentí devastada al darme cuenta que mis calificaciones no bastaban para incluirme en mi materia favorita. Así que tuve que elegir una que estaba al final de la lista.

Llegué al salón desanimada, pues no era lo que esperaba. Arrastré mi cuerpo hasta el pupitre, y con desgana, me acomodé junto a la ventana.

Solo verte me animó. Desde lejos te vislumbré caminando, distraído, con el semblante un tanto airado. Recuerdo me preguntarme ¿qué pasa con este chico que aún serio y enojado tenga ganas de estar a su lado?

La maestra me distrajo cuando ingresó al aula, así que no percaté el camino que tomabas. Fueron minutos después cuando te asomaste, y con esa, tu media sonrisa de chico apenado, te disculpaste por llegar tarde.

Mi corazón comenzó a latir, mis manos a sudar y tuve que agarrarme fuerte de la mesa para no perder la cabeza. Pues apenas comprendí que compartiríamos clase, significaba que quizá nuestra relación pudiera estrecharse.

O más bien existir.

Que yo exista para ti.

Porque, ya sabes, yo te conocía casi de principio a fin.

La vida me tenía, en ese momento, una grata sorpresa, pues la apreciada maestra, para el proyecto principal nos dividió en parejas.

¡Dios bendiga a las maestras y sus creativas ocurrencias!

No podía creer mi suerte cuando mis oídos escucharon tu nombre y el mío.

¿Podría ser real o es que estaba alucinando? ¿Daniel y Camille, juntos? Definitivamente, ya estaba delirando.

Como pude disimulé la emoción que recorría mi cuerpo, y agradecí

internamente a los dioses por tan magnífico encuentro.

No sabía que ese momento, tú sentías curiosidad por la chica que con torpeza disimulaba su presencia, pues en varias ocasiones habías notado mi mirada tímida observándote y mi vago intento de pasar desapercibida cuando por azares del destino cruzábamos nuestros caminos.

Capítulo 4

Aquella asignatura detestada, se convirtió en la más amada, pues no sólo nos veíamos durante la materia, sino que las actividades fuera del aula eran la excusa perfecta para que me acompañaras a casa.

Y así los días pasaron. Tenerte cerca me hacía alucinar, me reía como tonta al saber que ya no éramos desconocidos, pues en el tiempo compartido nos volvimos muy buenos amigos.

Fue entonces que conocí tus manías, como cuando removías tu cabello al estar nervioso, o fruncías el ceño al estar concentrado, o cuando tus ojos brillaban de emoción al platicarme tu jugada favorita de futbol.

Aprendí que tus ojos no eran verdes, ni de color avellana, sino que cambiaban conforme el clima, dependiendo de la luz, tus sentimientos y tus demás complementos. Aún así, me encantaban, tan enigmáticos, tan diferentes, a veces opacos, en otras brillantes, pero, sobre todo, me fascinaban porque ya me mirabas.

La relación entre aquel enamorado y yo llegó a su fin, debía ser así pues yo solo tenía ojos y tiempo para ti. Los deberes escolares eran mi excusa perfecta porque en realidad eran tu presencia y tu amistad mi preferencia.

No dolió tanto aquella ruptura, pero debía mantener la compostura para que no pensaras que era una... ¿cualquiera?

Al poco tiempo también me contaste que Indira a su estado había regresado, y los kilómetros los habían distanciado. Debo aceptar que poner mi cara de tristeza y decepción ha sido mi más difícil posición, pues internamente bailaba y brincaba de la emoción.

¿Será que la suerte de mi lado estaba, que mis fantasías cobrarían vida y que el tu y yo por fin existiría?

Capítulo 5

Mi vida cambió totalmente cuando entraste a mi vida, las tardes con emoción ansiaba, pues sabía que vendrías a mi casa. Aunque el motivo

fuera nuestros estudios, poco a poco hacíamos otros planes juntos.

Aún recuerdo nuestra primera salida, después de tanto trabajar y mucho estudiar, me dijiste animado: "venga, es hora de descansar". Pensé que te irías, ya era fin de semana, pero vaya que me sorprendiste, pues ya tenías preparadas las entradas.

Al cine fuimos, una película cómica vimos. Nos reímos hasta las lágrimas, tragamos como si no hubiera mañana, y nuestro cuerpo por momentos se rozaba. A veces nuestras manos, a veces nuestras piernas, y yo sólo esperaba que ese momento de felicidad no desapareciera.

Llevaba mi blusa de color morado, aquella con los botones al frente, y estando el carro me indicaste que por favor abrochara el botón que se había soltado. Sentí tanta vergüenza, pues me mirabas con desaprobación, parecía que pensabas que esa era mi intención. Me removí incómoda en el asiento, y aquellos mágicos momentos que minutos atrás habíamos disfrutado, en un parpadeo se esfumaron.

Los ánimos se decayeron, sentí que de alguna manera me habías rechazado, y sin querer comencé a dejar distancia entre nosotros, pues sabía que no podría soportar mi corazón roto.

Otro día me dijiste que el teatro disfrutabas y yo emocionada te comenté de la función del fin de semana. Sin pensarlo me invitaste, y toda la distancia que había intentado mantener se evaporó en un santiamén.

Fuimos al centro de la ciudad, mi corazón latía con fuerza cuando me pasaste a buscar. Nunca olvidaré tu reacción, pues me miraste justo como yo sabía que te observaba antes. Tus ojos recorrieron mi cuerpo, y tragaste saliva, me quedé petrificada al notar tu tierna sonrisa, y más aún cuando tocaste tu cabeza e hiciste ese gesto que delata tu nervioso sentimiento.

La noche fue maravillosa, la historia que disfrutábamos en el teatro era mágica, aunque no la puedo recordar, pues solo tengo en mi memoria que mi mano tomaste y en un delicado movimiento nuestros dedos entrelazaste. A pesar de los nervios y de toda la alegría que sentí, procuré ser inteligente... y así, lentamente en tu hombro acuné mi rostro.

Capítulo 6

Ya me conoces, una pequeña parte de mi fantasía se hacía realidad. Yo estaba en las nubes, con las mariposas revoloteando en mi estómago e intentando no moverme ni un solo milímetro. Era la primera vez, que sentía tu aroma tan de cerca, ese delicado olor entremezclado con madera

y gardenias.

Giraste levemente tu rostro hacia el mío. Te vi sonreír y luego regresar tu mirada concentrada al espectáculo.

Está de más señalar que yo también sonreí. ¿Podría ser este el inicio de nuestro idilio?

No te lo voy a negar, esperaba que al final de la velada, con un romántico beso terminara. Pero eso no sucedió, pues tu postura cambió.

El camino de regreso te notabas muy serio, yo no sabía qué pensar. En tus ojos había notado que estabas feliz a mi lado, pero luego tus acciones me hacían dudar de tus intenciones.

¿Acaso estabas jugando, o quizá estabas dudando? ¿Qué soy yo para ti? ¿La amiga que te hace reír, o la chica que te incita a vivir?

Llegamos a mi casa, y a pesar de haber sido una magnífica velada, tu mirada se notaba desganada.

Por fin hablaste y sólo para decir que un secreto me querías compartir. No se trataba de ti, sino de tu amigo Miguel, el que solía acompañarte, que algunas veces también vino a mi casa. Y fue que un tanto apenado me comentaste que Miguel de mí se había enamorado.

Yo me eché a reír, no lo podía creer. Que aquel guapo y divertido chico quisiera tener algo conmigo. "No te creo nada", contesté un poco alterada, pero no porque estuviera emocionada, sino que esa situación mis planes arruinaba.

Te fuiste y mi final feliz nunca ocurrió. No se necesitaron las palabras para comprender que te encontrabas en una encrucijada, pues yo sabía que, aunque no lo decías, tú también me querías.

Capítulo 7

El semestre terminó, tus visitas se agotaron y no volvimos a tener otro momento mágico.

El condenado Miguel se notaba más alegre y cercano, como si alguien le hubiera dado luz verde de quedarse a mi lado. Y poco a poco pude notar que tú te alejabas y me eludías, como si ya no quisieras recordar nuestros días.

Me dolió, y dolió mucho. Tu presencia extrañaba, pero había decidido que

si tu no hacías nada, entonces yo tampoco iba a estar desenfrenada.

Miguel aprovechó la oportunidad y salimos en un par de ocasiones, debo admitir, con total remordimiento, que para mí solo era un juego. Quería saber de ti, que reaccionaras, que por fin te dieras cuenta que yo realmente te importaba.

Pero no fue así. Simplemente te alejaste y dejaste que Miguel se adelantase. Él me dijo que le gustaba y que deseaba algo serio conmigo, yo tuve que ser honesta y decirle que no podía permitirlo, pues mi corazón ya había elegido.

Días después me buscaste, y yo como tonta corrí a abrazarte. Era algo normal entre nosotros, que tu abrieras tus brazos al verme y que yo entusiasmada acepte.

Te noté más seguro y suelto, y yo quería saber si ya sabías de Miguel el cuento, así que te lo comenté y pude notar en tu media sonrisa que la situación te divertía, no pudiste disimular tu alegría, y he de confesar que tu reacción hizo latir con fuerza mi corazón.

¿Será que aún haya esperanza para nosotros? ¿O es que otra vez estoy alucinando un poco?

Capítulo 8

Sin darnos cuenta, regresamos a nuestra rutina anterior, esa vez el pretexto era, que juntos estudiábamos mejor.

¿Es en serio?

Pero ¡qué ingenuos! Por no señalar que ¡qué pendejos!

La diferencia era, que no sólo ibas a tu casa, sino que yo también a la tuya, y los planes que hacíamos para vernos eran sólo tontos pretextos.

“Acompáñame a comprar tal regalo”, “esta película me recomendaron”, “¿ya viste el nuevo ánimo?”, “¿y si salimos al antro?”. Las excusas no faltaron, ni tu risa ni la mía.

Hasta que llegó aquél fatídico día.

Indira estará en la ciudad, me comentaste en un susurro, como si esperaras mi reacción. Yo no entendía el motivo de tu sigilo, qué tonta al dejarme llevar por mi orgullo. Te contesté que no hay problema y me mostré indiferente como respuesta.

Te enojaste, lo noté. Pero no dije nada. No éramos nada. ¿Cómo podría reclamarte, cuando éramos sólo amigos? Eras tan libre, como yo, de poder tomar una decisión.

No te vi una semana, pues con Indira te paseabas, me dijiste que solo esa semana estaría en la ciudad y que ella te había pedido su apoyo para finalizar el académico embrollo.

No te devolví el mensaje, estaba más que clara tu decisión. Y yo, con el corazón oprimido, decidí llevarte al olvido. Para mí era más que obvio, que si en ese momento no éramos novios, era porque tu te sentías confundido, y yo la que esperaba con ansias me hubieras elegido.

Tu ex por fin se fue, pero poco nos volvimos a ver. Ya no te mandaba mensajes ni busca un pretexto para encontrarte. Si querías estar conmigo, era momento de que me lo demostrases.

Pero no fue así.

Nos dejamos de ver, no volvimos a salir, yo no regresé a tu casa y tampoco retornaste a la mía. Las palabras y nuestros sentimientos se quedaron al aire, de afrontarlo no fuimos capaces.

Hasta que la nostalgia nos invadió, en vísperas de tu graduación.

Quizá ya no te volvería a ver, ya no había nada qué perder.

Te busqué en las canchas, donde sabía que jugando futbol te encontrabas. Me senté en una de las gradas para admirarte como en muchos días anteriores. Tu alzaste la mirada y te asombraste al verme, yo te sonreí y levanté mi mano al verte.

A los pocos segundos trotaste hasta mí, y como siempre, juguetón, tú sudor como perro me embarraste. Chillé y te reclamé. Te reíste y me abrazaste. "Ya deja de quejarte, Camille".

Al principio intenté soltarme, pero no podía negar lo feliz que estaba de en tus brazos nuevamente encontrarme.

Y es que, no importaba el tiempo que nos habíamos alejado. Estando cerca era como si nada hubiera pasado. Tu mirada en mí era lo que realmente me hacía feliz.

Capítulo 9

Esos últimos días fueron los más duros, pero los más felices. Los llevo como un doloroso recuerdo, de aquello que fuimos, y de todo aquello, que

al final, no pudimos ser.

Cada día de esa última semana, pasaste por mí a mi casa. Cualquiera que nos veía diría que por fin estábamos juntos. Incluso Miguel comentaba, entre broma y broma, que ya era hora.

Tú no decías nada, simplemente te reías, y yo, aunque apenada, solamente sonreía. Aunque en ese momento, ya era muy común y habitual, que a tu boca llevaras mi mano y plantaras un dulce beso.

Ojalá hubiera sido más que eso.

Llegó el día de tu graduación y tus ojos brillaron al verme en aquel vestido verde, lo había elegido por ti, porque sabía que así, estando junto a ti, haría juego con el tono de tus lindos ojos.

Me sonrojé cuando por la cintura me tomaste, y disfruté cada momento del baile. Nos veíamos felices, sonrientes, libres, alegres. Por fin éramos solo tu y yo. Por fin habías bajado la guardia. Me abrazabas más que nunca, con tu mano en mi espalda, en mis hombros y en mi cintura. Parecía y me sentía totalmente tuya.

Quise besarte, muchas, muchas veces. Sentir tus labios en los míos y sin pudor perderme. Pero no quería arruinar nuestro primer beso, al final, ese siempre marca el primer encuentro.

Así que esperé pacientemente a que dieras ese paso, estaba ya tan segura, que tanto tú como yo moría por hacerlo realidad, pues te acercabas cada vez más a mí, cada vez con menor duda, y nadie podrá negar que tus ojos derrochaban lujuria.

Pero todo terminó, en un abrir y cerrar de ojos, sin que pudiéramos culminar aquel deseo tortuoso. Indira llegó a la fiesta, con un vestido azul elegante, y esperó con paciencia que te alejaras de tu acompañante.

En tu rostro vi la duda y extrañeza, de que ella en la fiesta estuviera, pues se suponía que se había regresado a su tienda.

Con rigidez y un poco enojado, acudiste a su presencia, y me dejaste ahí plantada junto a la mesa. Fue difícil disimular el dolor que sentía por dentro, porque todos habían notado nuestras acciones hacía unos momentos.

Como si nada, me disculpé, y salí a buscarte. Pero una horrenda sorpresa me encontré cuando en la puerta sus labios besaste.

Capítulo 10

Un día después me fuiste a ver, no quería recibirte, pues como fuego ardiendo se quemaba mi interior al recordar ese beso.

Mi madre insistió, y con pesadumbre salí a verte. Tu cabello revuelto, las ojeras ensombreciendo tus lindos ojos aceituna y el notable olor a alcohol me dio a entender de tu desastrosa noche anterior.

Comenzaste a jugar con tus manos, mirando al piso, quizá buscando las palabras adecuadas. Pero ya poco bastaba para seguir con mi paciencia, pues no importaba el motivo, no podía verte así, deshecho, en decadencia.

Alzaste tu mirada, una llena de dolor. Pude imaginar lo que pensaba, y quizá pude ahorrarnos esa conversación, pero necesitaba oírlo de tu boca, que te sinceraras conmigo y que terminaras de aplastar mi corazón compungido.

“Camille, lo siento tanto”, fue tu primera expresión, mientras me mirabas con el más sincero dolor.

“No tienes de qué disculparte”, argumenté orgullosa, “no es que tengamos compromiso”, continúe con un suspiro.

“Te ves fatal”, proseguí, en mi intento por conseguir que me dijeras el motivo que te empujó a venir. Me tomaste de las manos y yo lo permití, pues aún con el dolor, imaginaba un final mejor.

“Indira está embarazada”, soltaste así sin más. Tu voz sonaba ronca, tu mirada cabizbaja, pero al tener tus manos en mis manos, me desconcentró y por un momento llegué a pensar que me lo decías por vacilar.

¡Qué idiota!

“Quizá nos casemos, no sé bien lo que haremos, de lo único que es seguro, es que un hijo tendremos”.

Mi cabeza comenzó a dar vueltas al momento de comprender que tus palabras no bromeaban sino que realmente delataban lo que iba a suceder.

Solté tus manos y di un paso atrás, porque de todo lo imaginado no podía soportar que lo que tanto anhelaba se estaba yendo ente mis manos.

“Debía decírtelo en persona”, susurraste nuevamente, cuando el shock en

mi interior era lo único que me mantenía fuerte.

Enseguida entendí que no yo te tenía así, sino que el cambio en tu vida se debía a aquel Niño que vendría. Hice a un lado mi dolor, fue más difícil de lo que te escribo, pero sabía que en el fondo necesitabas un amigo.

Y así fue que te animé a seguir adelante con tus planes, pues yo aquí me quedaría, en la distancia, apoyándote.

Vi la pena en tu mirada, mi decisión ya estaba tomada. Tú tu camino y yo el mío, para no tener un final tan sombrío.

Nos despedimos, en un último abrazo, con los sentimientos a flor de piel y mil palabras, que al final, no se contaron.

Pasó un largo tiempo, ¿cuánto ha sido? ¿Dos o tres años? Y todavía llevo en mi corazón tu recuerdo amargo.

Sin tenerlo planeado, una vez más nos encontramos.

Te miré.

Me miraste.

Yo con mi bolsa sobre el hombro, tú con tu bebida sobre la mesa y un niño en tu regazo.

Capítulo 2

Tu Recuerdo



C. M. GARRAS